

El nivel de las aguas

Es tradición marcar, tras una riada, el nivel que alcanzaron las aguas. Es cosa un tanto morbosa porque deja para el recuerdo el desastre sufrido; pero acaso también sea un necesario recordatorio de la debilidad humana, siempre de manifiesto cuando la naturaleza se desboca, y más aún si no se ha obrado con prudencia a la hora de establecer asentamientos cerca de los cauces.

Traigo esto a colación porque nada desearía más que trazar de una vez la raya que evoque la altura máxima de la avenida política que desborda Cataluña llevándose por delante el decoro político, la lealtad institucional, las leyes, el respeto a los símbolos, la convivencia y la verdad. ¿Escampará algún día en Cataluña? ¿Veremos retroceder la inundación? ¿Podremos limpiar el fango del Parlamento y de la Generalidad? ¿Brillará el arcoíris sobre la industriosa tierra que ayudaron a levantar los lugareños, los que llegaron de otras regiones de España y allí se asentaron, los aranceles y las inversiones de ese Estado del que denuestan sin parar? ¿Dejará el dios de la lluvia de castigar nuestra sensibilidad y tolerancia? ¿Se restablecerá la concordia en tantos casos quebrantada?

Quizá porque estamos en medio del chaparrón no vemos una salida clara. Hace cuatro décadas empezó un sirimiri inocuo. Después, los goterones que siguieron dieron paso a la tormenta y al granizo. Las aguas ya no sólo calan, ahora golpean sólidas. Y, entre tanto, algunos parecen confiar en milagros: pasean al santo del diálogo, a ver si se consigue algo. Hasta ahora el resultado es magro. Nada de norma-

lidad. El prófugo sigue incordiando y hostigando desde su cubil. Su vicario lo hace desde el palacio de la Generalidad, pagado, por cierto, por todos los españoles. Olvida que su cargo emana de la Constitución, no de épicas historias ficticias: si la voluntad del constituyente, refrendada por el pueblo español, no hubiese permitido su régimen autonómico, hoy no estaríamos hablando de esta tempestad, seguramente. Los separatistas se ponen por montera la libertad de expresión y siembran de sus símbolos sediciosos calles, plazas, carreteras y hasta playas, mientras que los que también en uso de su libertad los arrancan son insultados, identificados y agredidos, si se tercia. Las dizque embajadas que cerró el uno-cinco-cinco se reabren para continuar con las soflamas denigratorias contra España. Se manipula con total desdoro el lenguaje para convertir a facinerosos en héroes arrollados por la descomunal y soberbia España. Se pervierte el tesoro del bilingüismo para imponer, con la lengua, una visión unívoca de la sociedad y de la historia. Se insulta al jefe del Estado, o lo que es lo mismo, se insulta a todos los españoles, a los que el rey representa...

¿Hace falta que continúe? Estamos aburridos de seguir las noticias. Quizá eso es lo que pretenden, vencernos por tedio. ¿Hasta cuándo, sediciosos, abusaréis de nuestra paciencia? ¿Cuándo se restablecerá plenamente el orden constitucional? ¿Cuándo podremos rotular «hasta aquí llegaron las aguas»?

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ
ZAFRA